

AMAUTA



AÑO II

LIMA, ENERO DE 1927

5

LA HIJA DE CUNCA

OR EUGENIO GARRO

Anochecía un espléndido día de Agosto, cuando un niño de doce años, más o menos, seguía un camino tortuoso y estrecho que de uno de los lugares más comunes de sembrío, conduce a Chiquián. Caminaba cargado de un cuero de res enrollado sobre la espalda; peso excesivo para su edad y falta de costumbre. Su carga, al tropezar en los cercos de piedra y en las pencas, le hacía bambolear y golpearse a cada paso en los guijarros. Esta incomodidad, después de algun trecho de marcha, lo llenó de despecho y llorando de rabia se sentó en el suelo.

Las sombras de la noche se extendían grávidas de un cansancio estival. Circulaba un aire cargado del relente de las cosechas, de establos, de manadas. Luego un rumor casi cadencioso de mujidos, de grillos, de ladridos persistentes, de llamadas cambiadas entre gentes de las dehesas cercanas, y, como un sonido de queja lejana, el monótono chasquido del río en el fondo de la quebrada cimbreada. Alejo tenía la cabeza congestionada con todas las impresiones del día, todas nuevas, coloridas, inusitadas.

Solo hacía dos días que había llegado a su pueblo natal, y estaba admirado de todo. Se había criado en S... pueblecillo cercano, en casa de unos propietarios, parientes suyos. Había vivido allí en la más absoluta clausura, extraño, ajeno y alejado de todo lo que estaba fuera de las puertas de la casa. Después de la muerte extraña y terrible del que hasta entonces tuviera por padre, se encontró pocos días después, ante otro hombre que le decía ser su verdadero padre y que el otro no había sido más que un adoptante. Y cuando le dijo que marcharían a su pueblo, a Chiquián, a su casa, la idea de ver otras cosas despertó su entusiasmo. Y estaba allí. Aquel día su espíritu aterido por la humedad de la clausura, se había saciado de sol, de aire libre, de alegría. Nunca había saboreado más completa y más larga felicidad. Antes de la salida del sol, abandonó la casa de su padre en compañía de los campesinos que iban a la tarea del TRIGU—TAKAY, con el cuero de res enrollado a la espalda y el bastón al hombro. Sus ojos de niño recluso no acababan de saciarse contemplando los caprichosos accidentes de la tierra. Desde la meseta donde habían llegado, al mismo tiempo que el sol se extendía dorado y riente, contemplaba los tapices tendidos sobre el flanco de los cerros. Caprichosos dibujos de hierbas silvestres, confundidas en marañas espesas, musgos y tomillos extendidos sobre las rocas; campos de maíz en plena recolección, donde resaltan los fustanes rojos y amarillos de las mujeres y los pantalones negros de cordellate de los hombres; manchas movientes de ovejas y vacas en los rastros; los trigales rubios reverberando al sol; la cinta blanca y retorcida del camino; más abajo el río aullante y sitibundo, y todavía más al fondo, caseríos con sus tejados rojos y el vecino pueblo de Huasta, como un gran juguete de niño cuidadosamente colocado sobre el escalón de un cerro como sobre la rodilla de una abuela complaciente.

Después de haberlo visto todo, Alejo se empeñó en carreras de alegría loca a través de todo el trigal; gustaba del roce de las espigas por su cara; quiso tomar la guadaña y segar. Como no le consintieron tomó un bastón y golpeó un buen rato las espigas sobre el cuero de res, pero también se fatigó. Luego tuvo que conformarse solo con mirar la tarea de los campesinos y de las mujeres. Los hombres golpeaban, las mujeres, unas segaban, otras preparaban las gavillas y venteaban el trigo.

Alejo miraba esta tarea como una fiesta. En sus pupilas ingenuas se reflejaban los hombres de rostro cetrino y atezado y las mujeres de cara resignada, caderas amplias y senos grávidos, como las figuras de un cuadro rural, inmovilizadas en un gesto de tranquila alegría bajo la plenitud del sol. Cuánta diferencia entre esto y todo lo que había visto en su niñez recluida en casa de su "otro padre."

A la hora del JIPASH—INTI (en que el sol tramonta), Alejo no sentía esa vaga tristeza, esa monótona melancolía que va cubriendo la sierra a medida que avanzan las sombras. No percibía el dejo taciturno de los rumores circulantes de la tarde, porque su alma estaba pura y salía de una casa donde una tristeza sombría había envuelto su vida y ahora todo le parecía alegre, desde la mañana hasta la noche. Sin embargo, si hubiera tenido más años y más experiencia para mirar la vida, se hubiera dado cuenta de algo extraño, de algo funesto grabado en el rostro de las gentes. Así, quizá, mientras todo era pesadez y monotonía, la mirada de Alejo era la única que descubría los impresionantes coloridos de una fiesta.

Después de la tarea de ese día, había querido, también, caminar como los campesinos, con su cuero a la espalda, al regresar al pueblo. Poco acostumbrado a caminar en el campo, se había retrasado con su peso y se había sentado a llorar de rabia, herido por su impotencia ante los primeros obstáculos que encontraba en su vida libre.

Al ver su retardo volvió en su busca uno de los campesinos, Benancio, y acompañado de él llegó a su casa.

Esa sombra de algo funesto que Alejo era incapaz de entrever, se le iba a revelar ahí, aquella misma noche. En el pequeño patio de la casa de su padre, poco después de la comida, encontró una extraña reunión de mujeres, sentadas en el suelo. Sin duda era ridículo el asunto de que trataban, causa del gesto sombrío de los pobladores de Chiquián; pero Alejo no estaba aún en edad para descubrir el lado ridículo de las cosas, ni tampoco las gentes de ese pueblo habían acabado de despertar de ese ensueño supersticioso de leyendas. Llenos todavía de ese temor pueril de los pueblos recónditos, fácilmente los impresionaba una leyenda y el temor los sobrecogía hasta lo indecible.

Viejas y jóvenes, pues el mismo grado de temor las unía a todos en esos momentos, sentadas en el patio, frente al vivo rescoldo de la cocina, porque el fuego aleja los maleficios del demonio, con voz apagada y pastosa, como si quisieran diluir entre sus labios las sílabas guturales del kechua, para hacerlo más insinuante y misterioso, acurrucadas en sus mantas, hablaban de ese misterio que se cernía como una amenaza inexorable sobre todos.

"KYLIA HUACAXTA RIKAYARCCON, (han visto llorar a la Luna)", decían esas mujeres llenas de pavor, y Alejo con los dedos crispados escuchaba esa sesión espeluznante que tomaba a sus ojos las proporciones de seres sobrenaturales. La Luna había llorado como sobre una fatalidad cada vez más próxima. ¿Qué acontecimiento les esperaba a todos? Además, muchos signos de desgracia se habían presentado por todas partes: el trigo de la cosecha de ese año estaba malogrado, algunas espigas no tenían un grano; el maíz estaba comido de gusanos: parecía que la Tierra no quería proporcionar alimento; y, lo más extraño, la imagen de la Virgen que había salido en la procesión de la última fiesta religiosa había presentado un semblante tan triste que toda la gente se había arrojado al suelo llorando e implorando piedad, y cuando las notas plañideras de un MISERERE se elevaban al son de los violines, un burro lascivo en persecución de su hembra había pasado cortando el camino a la Virgen y atronando con sus rebuznos endemoniados. Después de un instante de estupor, todos se habían precipitado en una loca búsqueda de los malditos, pero en vano se habían cansado, nadie sabía por donde habían desaparecido los animales. Pero el caso más patente de que amagaba una gran desgracia, era lo que pasaba con Juana, la hija de Atanasio Cunca. Tenía—decían—siete meses de embarazo.

"SUPAY—PA—TASH CHICHURAN" (1) murmuraban las viejas con un patético temblor en los labios. Y en una extraña colaboración de detalles se referían el caso. Algunas, incrédulas, decían: "Tal vez será algun cholo quién la ha puesto así." No, no era un cholo; su padre, el terrible adivino

de la coca lo sabía todo. "PACLLON NUNAM--un individuo de Pacllón,--había dicho el mismo, fué quién introdujo al demonio en mi casa, tocando su arpa".

Mientras tocaba, Atanasio se había puesto a CHACCHAR y había adivinado y acercándose al pacllonista le había dicho:

—Arrastrado, me estás haciendo brujería, pero te voy a sacar las tripas por la boca.

—Te engañas, Atanasio. ARPA JAMPISHCCAM, (2) pero yo no soy brujo. Estoy triste porque no quieres que me case con tu hija y por eso toco mi arpa.

—Si, pero mi coca me avisa que quieres vengarte.

—¿De qué me he de vengar RUCUSHITU? (3) Qué haré, pues, si no quieres. Mujeres se encuentran. Tocando mi arpa me iré a otro pueblo.

—Ocioso, brujo, ARPA--TOKAX, anda como mostrenco, mi coca me ha de avisar todo lo que hagas.

Desde entonces Atanasio se había vuelto un CHACCHADOR terrible. Casi no comía ni dormía por estar día y noche con la coca. "CUCAHUAN OPILASHCCAM" (4), soplaban las viejas.

Pero a los pocos días de la ausencia del pacllonista, Juana había ido con su padre a recoger leña. Todavía los maizales tenían su penacho fresco y los campos de trigo ofrecían un tornasol de verde y amarillo bajo la caricia del viento. La bajada de NINAN--PAMPA estaba tranquila y rumbrosa; a su paso las lagartijas se escurrían entre las grietas; un aire cargado de aromas silvestres dilatava la nariz de la muchacha que descendía seguida de su padre, con el rostro abochornado por el sol, los ojos húmedos, cimbreado la firme pulpa de sus caderas bajo las sayas de bayeta.

Entre los montes Juana se puso a recoger leña, mientras su padre, sentado a la sombra, chacchaba febril y obstinadamente.

Cuando Juana acabó su tarea y tenía preparada su carga, el sol entraba a la hora de JIPASH. Atanasio chacchaba; tenía los labios negros, un lado de la cara hinchada con una inmensa bola de coca y sus manos sacudían febriles el PORONGO de la cal.

—ACUNA, TAYTA (5) dijo la hija, rompiendo el silencio.

—El mostrenco arrastrado, me ha brujead--dijo Atanasio, poniéndose de pié--; mi coca amarga.

—Qué va a poder hacernos nada, mientras nuestro Dios nos ampare,--contestó la hija, poniendo su carga de leña a la espalda.

—Tú no sabes, ese maldito tenía su arpa curada; cuando tocaba mi coca saltaba afuera y yo mismo quería llorar.

Así, con un gesto de presagio, padre e hija regresaban a su casa, cuando a la vuelta de un recodo, la muchacha que iba por delante, tropezó con un cerdo que se había tendido a dormir en medio del camino. La obscuridad de la noche se hacía cada vez más profunda. El padre sintió, al instante, que lo desconocido que temía, se acercaba.

—¡Detente! No sigas...-gritó-es el cochino del brujo; mi coca se ha partido por la mitad cuando ha gritado.

El cerdo desapareció y ellos, después de un rato, siguieron su camino. Entraban a la población cuando sintieron al cerdo que gruñendo les seguía los pasos.

—No voltees la cara,--aconsejó Atanasio a su hija;--déjalo que nos siga, con mi coca lo voy a curar para que el arrastrado brujo se quede atontado en cualquier parte.--Pero la muchacha no había podido resistir el miedo y presa de un terrible pánico había soltado su carga y partido a correr como una loca. Cuando Atanasio llegó a su casa había encontrado a Juana, desesperada, arrancándose la ropa, mesándose los cabellos y con los ojos desorbitados. Atanasio solo había escupido con desdén y había dicho entre dientes:

"Ya se lo que quieres maldecido".

Desde ese día Juana no había vuelto a cobrar su razón. Pasaba los días entre crisis nerviosas terribles y postraciones de completa insensibilidad. La habían llevado donde el cura para exorcizarla, pero no había tenido ningún efecto, sin duda porque el cura era ZURIYOX (6).

Atanasio se había disfrazado de un gesto indefinible, había henchido su bolsa de coca, como aperciéndose a una lucha obstinada y secreta con enemigos invisibles.

—Una de estas noches el cerdo maldito tiene que venir, pero se ha de encontrar conmigo,--dijo tranquilamente.

Esperó una y dos noches chacchando interminablemente su coca, sentado a la puerta de su casa, en el absoluto silencio de la obscuridad, mientras dentro, de rato en rato, su hija se agitaba en estertores nerviosos y lanzaba débiles gemidos de angustia.

Atanasio tenía una idea fija: no dormir.--"El maldecido estará soplando para que me duerma, pero mi coca me defiende"--se decía. Sin embargo la tercera noche una terrible alucinación se apoderó de él. Chacchando y chacchando en medio del silencio y la obscuridad de la noche había comenzado a percibir, primero lejos y después más cerca, los sonos tentadores del arpa embrujada del pacllonista. Se tapó los oídos con bolitas de coca masticada, pero la música endemoniada le hacía saltar el corazón.

"Ahora viene a hacerme dormir, tocando su arpa"--pensó acurrucándose más hacia la puerta que cerraba a su hija.

La música del arpa, quejumbrosa, monótona, que incitaba a mover los pies en una zarabanda de tristezas, llegaba cada vez más clara y más insinuante. Atanasio ya no se defendía, tenía las manos crispadas inmóviles sobre el pecho; pero un pequeño resto de conciencia le hacía sentir que no estaba dormido, que no dormiría por nada, que seguiría escuchando la música del mañoso muchas horas, muchas noches; sin dormirse, sin dejarse vencer por el brujo tentador, sin abandonar la puerta que guardaba a su hija.

De repente el arpa había cambiado de tono. Había comenzado a tocar a los oídos mismos de Atanasio esa música bárbara, alegre, de entusiasmo demoníaco de la DANZA DE LOS DIABLOS (7), introduciendo no se qué extrañas sensaciones en el alma del alucinado. Un bordoneo que estimulaba saltos y zapateos fluía del arpa en interminable corriente, cuando un grito agudo y estridente cortó de un golpe la música e hizo saltar a Atanasio hacia el interior de la habitación donde dormía su hija. Juana había lanzado ese grito, y ante los ojos desorbitados y la actitud estática de Atanasio se había realizado el atroz ultraje, la infame venganza del brujo pacllonista....

Después el infame se había parado ante él y le había escupido:

—Lo que he querido ya está hecho; ahora quédate con tu hija.

Poco antes de amanecer, cuando los pajarillos llenaban el aire de la mañana con sus trinos, Atanasio, como un loco, como un sonámbulo, había recorrido la población, parándose de rato en rato para gritar:

—Mi hija se ha ayuntado con el diablo.....

Quedaron un rato las mujeres en silencio, hasta que una de ellas añadió, bajando la voz hasta hacerla casi imperceptible:

—Otras gentes dicen que no es sino su mismo padre.....

—El castigo de Dios tiene que venir por todo esto--dijeron todas con un extraño temblor de terror. Después siguieron hablando mucho rato, hasta que la Luna comenzó a esclarecer el silencio taciturno de los cerros vecinos, y, Alejo escuchando se había quedado completamente dormido.

(1)—Está en cinta del diablo.

(2)—Está embrujada mi arpa.

(3)—Viejecito, como tratamiento familiar

(4)—Opilado con la coca.

(5)—Vamos, padre.

(6)—Que tenía hijos.

(7)—Baile típico del lugar, con vestuarios y máscaras adecuadas, cuya música tiene una bárbara alegría; es danza casi ritual, que se baila en la fiesta de Corpus Christi.

E L L G A M O N A L

POR GAMALIEL CHURATA

1

Gruesa techumbre de totoras y de pajas. Habéis tenido ciertamente varias oportunidades de conocer la choza del indio puneño. La ventana mide apenas diez centímetros; es un hueco practicado, a manera de pupila, en uno de los lienzos, en aquel de los lienzos que mira al sol. Su color, además del ocre de la tierra fructífera, suele ser el blanco o el siena. Un cubo. Junto a él unido por el vértice del ángulo referente, otro cubo y más allá otro de menor volumen y luego los rectángulos numerosos donde se aposentan los rebaños. El plano verde. Verde veronés. El aire vibrante. Son las diez de la mañana. Húmedo de tibia humedad. Primavera.

Su cara es fea, seguramente. Gordita no es. Al menos, viéndolo bien no parece. Flaca, tampoco. ¡Trabaja tanto y tan sin descanso! Cuando se trabaja así no se tiene los ojos en el abdomen y desde luego no se engorda. Pero es de una fealdad graciosa. Tiene ademanes desenvueltos y una picardía obscena en la mirada.

Se llama Encarnación. La dicen: Encarnita; y ella se goza con el diminutivo.

En el primer parto estuvo a punto de morir. Si nó es el *kollawaya* se habría ido al otro mundo. Con ciertos sobajes en el vientre y la cadera y cuatro lagartos que mató en el patio, diciendo misteriosas palabras, el *kollawaya* la hizo parir. De lo contrario habría muerto. El marido se puso loco. SI TU ME LA SALVAS, decía, TE DARE CUANTO QUIERAS. Cinco días pujó Encarna. Ya le faltaban las fuerzas. Su flaqueza de ánimo la fortalecía para los extremos furios. MATAME, TATITO: YA NO PUEDO, gemía la meneona. Deseaba terminar de alguna manera. Miraba a su marido más abatido que ella misma. Acaso una sonrisa se agazapaba entre sus labios. El dolor del hombre era mayor ¡claro! Los oblicuos ojos de una mujer alumbrando al clavarse—ese es el término—en el marido, tienen elocuencia de volcanes que antes de vomitar sus lavas clavan un ojo en el cielo ya sobreespantado de estrellas. Un hijo es siempre una venganza de la naturaleza. El quiere decir que no estamos llamados a terminar con la generación la obra espiritual que, a cada rato, creemos llevar a sus ápices, y que debemos esperar de nuevos frutos nuevas perfecciones. Ciegos de hosca torpeza en todo procedemos así. Nos conceptuamos la fórmula definitiva y cuando el hijo balbuceando nos hace entrever el aspecto fugaz de una nueva belleza, nos enfurruñamos como felinos groseros contra la nueva belleza que él trajo, empeñados en que ésta que ya llevamos gastada sea la ÚNICA belleza del mundo. Moraleja: los hombres cuando han pasado los treinta años casi siempre son lo más burro de la tierra. Pero que de esta triste averiguación nos consuele saber que la Encarna parió y que su macho con la alegría del suceso, loco y loco, se dirigió a los corrales y cogiendo por las astas a un toro matrero lo dobió, lo unció, lo refregó de hocicos en el suelo. Loco claro. Loco de alegría.

Bien, pues. El gamonal a los diez años es un muchacho tímido y tonto, a quien, con toda facilidad, como se le pinta una mosqueta en el trasero, se le cuelga rabitos de papel. Es producto neto de hacienda. Se le reconoce por un fuerte olor a trigo tostado y en que en sus relaciones de amistad prefiere al mozo cuyo poder de puñadas le haya rodeado de una de esas admirables aureolas de trompeador que tanto se admiran en la escuela. Este le es tributario en cambio de una chuwa de chancaca y buena porción de tostados.

La debilidad de sus menores siempre está a expensas de su crueldad tanto como él a expensas del juicio definitivo que el profesor forma de su estiptiquez mental, pues a una brutalidad incalificable, une un carácter servil de los peores respectos. Es uno de los pocos que conservan sus cuadernos cuidadosamente aforrados, aunque la grasa y ese intolerable olor a tostado mal digerido los haga gaseosos y a él temible a la pituitaria. Por lo demás, nunca está entre los chicuelos que por un momento de amplio regocijo dan dos o una hora de reclusión. Por esa causa, sus copias rara vez no están con el día. Muchas veces, y debido a ello, logra destacarse entre los demás, o casi siempre, puesto que los resultados apetecidos son esos. Tanto en la vida como en la escuela, el gamonal posee un sentido práctico de resultados inmediatos. Persigue la solución de un interés próximo. En la escuela, lucirse, para imponerse llegado el caso. Se dirá que siendo así el gamonal a la postre resulta un ejemplar de hombre tesonero capaz de altas acciones. No. El gamonal olvida lo que engulle mentalmente, como evacua lo que ingiere por el estómago en grandes cantidades, sin que lo uno ni lo otro hubiera llegado a producir el extracto vital. La prueba podría yo ofrecerla en los Diarios de Debates de esta República representativa, donde se ha levantado un monumento a la necesidad y a la impudicia; de lo primero, que de lo segundo se vé en los poblachos, sin salirse muy lejos de las calles centrales, otras pruebas de esta falta de honradez digestiva...

El gamonal es el prototipo del machacón. Ha convenido en que atorarse de letras es ser un sabio y que se es más sabio y más fuerte en relación al número de horas consumidas en rumiar los textos absurdos de colegio. Por ello, en el colegio, el gamonal, es el mejor alumno; en la vida, si tuvo suerte, el hombre; pero, en verdad, una bestia! Vela hasta las once o doce de la noche, deja la cama apenas amanece y reempieza los fatigantes y fatigosos estudios con un sonsonete muy parecido al avemaría de los llamos en el corral. Se podría inventar una sinfonía con el tema. Su nombre acaso éste: *sinfonía de la brutalidad angustiada*. Es el primero en llegar a la escuela. Pero no se toma este trabajo inútilmente, robando alguna hora al plácido sueño infantil del amanecer, por ir a corretear con sus compañeros al campo perpetuamente vestido de fiesta para el corazón del niño. No; el campo es para el majita una incitante tienda de refresco, un aromoso cajón de dulcero. El gamonal está pervertido. Es un instinto de cálculo sirviéndose de un cuerpo canijo y miserable. Llegado, se colocará frente a la puerta principal en espera de la llegada del profesor, con el objeto de hacer ostensible su aplicación y formalidad. El profesor lo nota, pero cuando el profesor no pertenece al género del *asinus gamonalis*, lo cual es bien raro, sufre de una dolorosa impresión frente a esa ruina precoz.

El mayordomo tiene, montados y dispuestos a partir en rondaje por todas las cabañas de la hacienda, cinco karabotas duros de rictus y mentones patológicos. Están embu-fandados hasta cerca de los ojos para defenderse del látigo pampero. Sólo dejan ver las negras pupilas centellantes. El chogchi impaciente hunde la mirada en la lejanía nítida y gris. La respiración se vé en el frío de la madrugada. Y parten. Ha ordenado el mayordomo una requisa minuciosa. No debe quedar, sin ser inspeccionado, ningún rincón de la propiedad. Parten. Los caballos toman diversas direcciones levantando nubes de polvo...

—¿Tu marido?

—Se fué al pueblo, tatay...

—¡Mientes! No se fué al pueblo. Lo has ocultado. Las vacas no las robaron como afirma. Las ha vendido... ¡Miserables!

El karabotas hace caer su látigo sobre la espalda de la india. Al hijo que llora le lanza un insulto soez. Le llama hijo de perra. Pronuncia bien claro, bien fuerte la palabra CARCEL y se vá. Al oirla, la mujer y el niño tiemblan. Receloso sale el indio de su escondrijo. Mira insistentemente hacia el punto de polvo en la planicie y luego tritura su maldición como todo hombre esclavizado, duramente, sin literaturas vernáculas, con palabras centrales y definitivas: ¡PERRO!, ¡CANALLA!, ¡PORQUERIA!

Tres leguas es poca extensión para una hacienda. Diez, poquísima para la llanura clásicamente andina. Pero a sesenta leguas todavía se ven precisas las cumbres vírgenes plasmar sus bellas formas triangulares. En la pampa inmensa y solemne se espedigaban los ayllus, antes, y hoy sólo queda la cabaña miserable sin una flauta ni un huaiño. La cabaña de la hacienda sustituyendo al ayllu es como la jaula para el indómito kelluncho. El ayllu, reducido conglomerado de indios, era la paz y el amor abrazados en la rinconada. Al ayllu ha seguido la cabaña del colono, indio esclavo obligado a vivir como bestia, con un miserable salario, sin fraternidad ni sociedad. En la cabaña se convierte al hombre en bruto y cuando como el kelluncho prefiere morir de hambre a soportar las rejas de la jaula, se le manda a la CARCEL. Eso es la pampa. Ningún hombre justo debe mirar esa gris extensión con necia indiferencia. La pampa es una llaga sangrante; por todas partes deben oirse los gemidos del indio. Yo me explico por qué hay personas que al voltear una ladera, pasado el atardecer, oyen llorar las almas. Esos llantos no son leyendas. Un espíritu piadoso les hace oír lo que de otra manera no quieren. Nada de quenás y yaravies ahora. Ya pasaron esos desgraciados tiempos del mundo cuando el dolor era un motivo poético. Los poemas de hoy son la sangre de los miserables convertida en gritos o la inquietud de los huesos por alcanzar la perfección teológica. En la pampa hay poco color. Violeta en los lindes del cielo, amarillo el pajonal interminable, blanca la nube y rojo el corazón del colono. Allá vamos. ¡Donde se siembra una injusticia se cosecha un vengador!

Hay que ver al gamonal casi un hombre ya. Color pan tostado, puesto que también heredó los cobres inkaicos. Es alto. Tres años de vida pueblerina, le han dado lo último que la naturaleza le dará: juventud. Niñez no tuvo. Nació deforme, sólo apto para el engaño. Su primer paso en la vida social se reduce a buscar compadres entre abogados y funcionarios. Le importa muy poco la miseria y la orfandad de sus amigos si a su precio puede comprar un nuevo compadre. Esto mientras su hacienda le permita sólo una vida anónima y tenebrosa, pero si crece en proporciones, entonces, en una hora de vergüenza cívica, dicho sea con las palabras demagógicas, sus dineros, y sobretudo, los sabrosos quesos serranos, la imponderable mantequilla puneña, las pieles de vizcacha y vicuña y la sarta de chaullas, construyen el armatoste de un Diputado a Congreso, un prefecto o una personalidad cualquiera.

2

El Phuttuto es un clarín trágico. Su voz ronca al principio adquiere, conforme se eleva, determinada ondulación que es en veces grito desesperado, como de fiera, penetrante, que parte en dos la paz estéril de las serranías. Se utiliza, el caracol marino, pero en estos sitios las astas del toro bravo. El indio lo pule cuidadosamente, y amorosamente, hasta darle aspecto gracioso que no de beligerancia.

—¡Phü!...¡Phü!...

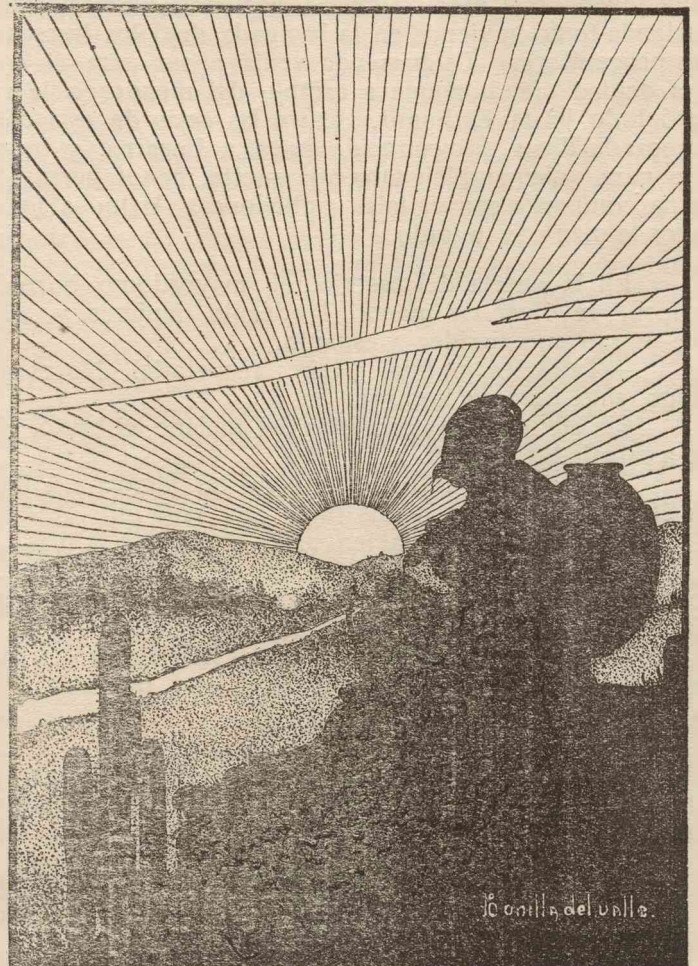
La sugestión que su toque ejerce sobre el indio es de tonificación y ardoridad. Para el criollo tiene efectos diametrales. Se piensa de inmediato que la indiada, insurrec-

cionada, está oculta en los cerros, que la comanda Rumi naqui o Kalamullo, descendientes presuntos de la real familia incaica, que sólo esperan la llegada de la noche, y que en vandálicas hordas, saquearán, incendiarán, violarán. Todas las más refinadas atrocidades pasan por la imaginación del criollo cobarde, perezoso y autoritario. Y sólo fué un joven de nariz aquilina, tórax kawitesco, ojos pequeños de penetrante mirar, que sintiendo nostalgia de la maza y el escudo embocó el phuttuto en el silencio de las montañas. Ensayaremos imaginar los efectos que su toque produce en los segmentos de nuestra cosa civil. En los oídos del Prefecto, phuttuto suena a memento—en la cabeza del gamonal, tiene reminiscencia de guillotina—en el cándido corazón del obispo es hermano legítimo del pecado mortal, amenaza impúdica, desvirgamiento a forciori—para el descoyuntado organismo de la vieja beata, trae efectos espasmódicos, pues se tiene averiguado que cuando los indios se sublevaron se arrehchan por estas alimañas—en el iluminado cerebro del hombre (pido perdón por esta frase irremediabilmente mala) es el grito vengador de una raza que pugna por sacar a través de los escombros de la justicia fosilizada en tribunales y gobiernos, el puño trágico. Así, como una alegría de 28 de Julio. ¡Pobres! sin ver que en esos escombros no hay más que ceniza que aventar a los vientos de la sangrienta purificación venidera.

Uno...dos...tres...

—¡A las tres!

Ha brincado el Sol en un telegráfico crepúsculo sobre la pampa que apenas tuvo tiempo de bostezar. El gris oscuro de la chuglla se acrecienta en la madrugada alegre. El rocío cintilante en la techumbre va cayendo en lágrimas por las pajitas del alero, una tras de otra, a la una, a las dos y a las tres...La india parsimoniosa se acerca a la vaca y cogiendo las ubres la ordeña, largo...La tibia vaporación le pone una sonrisa de amor en los labios duros y cobrizos reflejando en las mejillas de carmin brillante. ¡Ella también es



Dibujo de Bonilla del Valle

madre! Pero no le roban la leche de sus hijos. MENTIRA. A ella también la ordeñan los niñitos de la hacienda. Vacas! Mujeres!

No es posible encontrarlo en otra parte por ahora. Está de perfil sobre la tarde. Hollando el suelo que el frío comienza a entumecer, saca la cabeza por sobre el mojine de la chuglla. Tiene metido el chullo hasta cubrirse las orejas y media frente. El chullo es de un tono verdusco oscuro con ornamentaciones rojas de fáciles dibujos expresivos. Los ojos, mirando la lontananza sangrienta de arrebol poseen un dulzor de queja, y una ausencia de abstracción se desdibuja en la persistencia de una mirada sin pestañeos. Se destacan los pómulos en una ténue sombra violácea cuyo vértice es un tajo lumíneo licuado en los bordes de las jetas. Será fácil comprenderlo. Es el hombre que domeñó a un toro loco de una fuerza de buey. Es el marido de la Encarna. Acaba de insultar sus espaldas la fusta del karabotas. Nada ha contestado él a cuantos insultos le echara en el rostro. Permaneció callado. Hace tiempo comprende que ninguna actitud es más firme y elocuente que su poderoso silencio. Mira y calla.

De lo que es capaz, sólo una observación atenta podría revelar. Una frente breve, el macetero y el etmoides, férreas prominencias con el mentón. Todo es agresivo en él: la nariz, afilada en forma de corva, las órbitas dibujadas con dureza, el occipital donde se advierte la acción de una antigua deformidad y el craneo todo estirado en el bregma. Todo él, el ancho cuello y el torax, dan sensación de poder. Debajo de la camisa de cordellate parece palpar con el propio ritmo de la entraña, el deltoides, como en la bestia fatigada. Tanta extraña conformatura está aforrada de una piel cobriza que el sol bruñe con sus mejores fuegos. No habla. Pero la fogata de occidente en sus últimos resplandores, orifica su perfil metálico. La tristeza de un linaje perdido en el hueso se miraba en su fornido cuerpo de hambriento. El no es originario de la Hacienda. Ha venido de otras tierras del Ande. Llegó con sus padres muy joven, casi niño. En la hacienda envejeció, en la hacienda tomó mujer y en la hacienda dejó los huesos de sus progenitores. La hacienda venía a ser para él como una deidad ofendida que a cambio del mendrugo le arrebató todo, hasta el honor. Entre las cejas de esta cólera empozada día a día conoció, pues, a Encarna, y tuvo el hijo para quien ambicionaba una suerte menos perra. Encarna compartía con él tales ambiciones. Y todos los colonos le oían con agrado.

En la puerta del caserío, el mayordomo borracho furioso, revólver en mano. Rodéanlo mujeres y viejos que miran con timidez y espanto.

—Tatay, es mi hija ¡Debes respetarla! No es para todos, sino para su hombre.

Sin atender a las protestas del anciano, el bruto, riendo a carcajadas arrastra a la india.

—Te doy mi trabajo, pero no mi familia. Cóbrate en él lo que te debo. ¡Mis hijos son para mí!

Admirándose de tal lenguaje, el cholo reía más.

—¡Ah! Te lo enseñaron los ramalistas.....Se comprende indio bribón. Pero ya irás a pagarlas en la Cárcel.

No se la llevaba impunemente. El viejo arrastrándose llegó hasta él y le dió un empellón; pero por nada. Presto le metió tres balas a boca de jarro.

En la explanada todo es alegría bajo la luna. La "maestra" lleva el tema satírico y le corea el ruedo con alborozo:

*Ese que está mirando
mejor será que se atreva*

El charango mantiene con simples motivos melódicos los temas de la danza. Es la kashua. Agarrados de las manos, hombres y mujeres, dan vueltas de graciosas acti-

tudes. La naturaleza duerme. El viento silba entre los pajonales. Los perros aullan en la lejanía pastosa mientras los corazones mozos tiemblan por el cercano connubio germinal.

Encarna se entendía con el mayordomo. Los palos menudeaban para el marido. Joven y provocante tenían que apetercerla el cura del lugar, el tinterillo y el mayordomo. Estando más cerca, éste aprovechó. Ella, demasiado vivaz para mujer de pobre, comprendía las ventajas de su trato con el patrón y no se resistía cuando la oportunidad les brindaba un acercamiento. El último hijo era evidentemente engendrado por el mayordomo. Todo lo hacía suponer. Sólo el pobre de padre no lo habría creído nunca porque este último chiquillo era sus dos ojos. Encarna, lo trataba mal, muy mal. Parecía despreciarlo. Contestaba casi siempre con indiferencia y dureza. El marido nada entendía de esto. Nadie hablaba nunca de lo acontecido. Es que el mayordomo, mañoso en tales artes, se la llevaba a sitios descampados en llanuras inmensas, donde nadie pudiese verlos. Y nadie los vió hasta entonces. No era bonita Encarna. Era joven y dura, de carnes prietas y sólidas. Sus senos tenían la erectez de los quince años y sus ojos la quemante sensualidad de los veinticinco. Pero ella pasaba los quince y no llegaba a los veinticinco. El mayordomo estaba enamorado de Encarna. Le había propuesto abandonar a su hombre. Estaba enamorado hasta la coronilla.

Con lentitud y gravedad, vacas y toros, abandonan los corrales después de ordeño oloroso. Síguenles, con finos ademanes, llamas y alpakas. Ovejas y cabritos se van alejando también bajo la presión de la hora suave y tónica. Humean los fogones. Los gallos cantan. Los pajaritos pían en vuelos tensos. Asomadas a las puertas de sus chugllas, las madres entregan los pezones a las boquitas desdentadas de los majjitos, mientras los hombres se afanan en labores múltiples. Paz que transpira.

El gamonal, de todas maneras, es un poder influyente, relacionado con lo más odoroso y rumboso del centralismo capitolino. Entonces, su interés y el de la camarilla que lo ha ungido, le obligan a sostener un diario en la provincia escrito por infelices del subsuelo. Toda la basura empleomana está arrodillada a sus piés. Diez años en la Capital, le han dado una forzada distinción. Viste con uno de sus últimos modelos europeos, usa sombrero de copa, y quema cigarros puros, que no recuerdan, por cierto, al sojtapicho pueblerino.

Los cielos nocturnos se suceden, unos tras de otros, sin nubes. Toda la congestión estelar gravita sobre la pampa, como ubre pletórica de leche estéril. Las chacras están muriendo en las rinconadas asesinadas por el hielo. El indio prende su fogata en la montaña para ayudar a la tierra, a la madre a producir el calorcito que contrarreste la cuchilla del hielo. Chillan las criaturas en todas direcciones elevando en la extensión ilimitada una sola voz angustiosa, llena de lágrimas, doliente de ladridos y pellizcos y junto a este alarido viene un dolor que tiende a revelarse. Los hombres se han reunido en la cumbre. No es literatura lo que vengo relatando. Los indios van a los picachos como al corazón sigiloso de la tierra a tramar sus venganzas o a maldecir. Esto no es repito literatura. Literatura es aquello que he oído contar alguna vez de un indio expulsado de la hacienda con sus hijos y que por toda venganza al llegar encima de la cuesta se dió a sonar el phuttuto. Eso es literatura. Literatura es aquello del indio enamorado de la quena, el indio enfermo de tristeza. El indio siendo hombre y de los mejores, no ha de tener tiempo para literatura linfática. Los indios se reúnen para maldecir, si no más, al mayordomo, esa bestia carnífera, a los patrones, esas víboras, al párroco, ese bribón, al quelkera, esa zorra. Nadie explica si los verdugos son los actuales poseedores de la Hacienda. Los que dominan gozan la utilidad de su trabajo y son causa de sus hambres. A ellos, pues, debe encaminarse la venganza. Con aguzar

El niño y el sentido de lo maravilloso

POR MARIA WIESSE

(APUNTES DISPERSOS)

I

La vida—en su severa labor de destrucción—no solamente vá deshojando la rosa frágil de nuestras ilusiones; también nos priva de aquella facultad preciosísima de sentir pura y profundamente lo maravilloso; resta potencia a la imaginación y únicamente los artistas y los poetas conservan, en toda su integridad, el privilegio—propio de los niños—de trasladarse a la región encantada de los ensueños, de las maravillas y de las quimeras. ¿Recordáis algunos de los relatos—poblados de pequeños seres irreales y de criaturas fantásticas—que una abuela, una tía o una criada, narraban para deleite de vuestra infancia? ¿No es cierto que los personajes de aquellas fábulas doradas y azules, color de luna, color de mar y color de sol, se os antojaban de carne y de hueso? Mezclados a vuestra existencia eran vuestros amigos, vuestros compañeros, vuestros protectores y también, a veces, vuestros enemigos. Vuestro espíritu, entonces, daba tanta fuerza—y quizás más—a lo invisible, como a lo visible; sin perder su belleza, el misterio tomaba caracteres de realidad y, en cada uno de vosotros, había un soñador y un poeta.

Cuando Maeterlinck escoge á los seres que habían de ir en busca del Pájaro Azul, no se detiene en los jóvenes, ni aún en los adolescentes todavía impregnados de las mieles y del fresco aroma de la niñez. Dos pequeñitos tiernos y puros se internarán en el país de los símbolos y de la fantasía; dos pequeñitos traerán en sus manos candorosas el ave milagrosa de

la felicidad. Sabía el poeta que nadie más digno, ni más apto que el niño para recibir la revelación del misterio y la visita del ensueño; por eso elige a Syltil y a Mytyl para que vayan en busca del simbólico Pájaro Azul.

II

Observar al niño, estudiar su personalidad, seguir atentamente el desarrollo de todas sus facultades es de lo más atrayente, interesante y seductor. Esta observación, este exámen, este estudio—demás está decirlo—son obra de amor y cálida vibración de vida. Y, sin embargo, casi todos los métodos trazados para estudiar al niño carecen de fuego vital, son rígidos análisis hechos sin la "inteligencia del corazón" y elaborados cerca de los libros; estos sicólogos de la infancia jamás se han inclinado sobre un pequeño y a su ciencia se han escapado los matices más encantadores del espíritu infantil. Han mirado al niño sin devoción y sin ternura y el resultado de esta contemplación inafectuosa ha sido algún in-folio sin belleza y sin poesía y, además, inexacto.

Más que estos sicólogos de biblioteca, más que estos analistas sin corazón conoce al niño un poeta. Un poeta como Rabindranath Tagore, por ejemplo, que lleno de amor por los pequeñitos dice cosas admirables sobre ellos; cosas que reúnen una radiante hermosura y la precisión más rigurosa.

Acercarse a un niño es aspirar toda la fragancia de un poema, es gustar toda la gracia de una canción. Cualquiera chiquillo es un imaginativo y siente intensamente lo maravilloso. Parece que ante los pequeños brillara una claridad que nuestros ojos no pudieran percibir; parece que para ellos existiera un mágico reino, a nosotros inaccesible. Lo que nos deja indiferentes o apenas nos hace sonreír—porque hemos perdido toda frescura e ingenuidad—los asombra y los deleita y el universo les habla un lenguaje, que ya nosotros no podemos comprender. ¿Habéis visto la sorpresa—adorable interrogación de sus inteligencias virginales—con que miran el mar, el campo, la luna, las flores, los pájaros, los perros, los gatos? ¡Qué expresión de encanto ilumina el rostro de un chiquillo que vé deshacerse, sobre la arena de una playa, las altas olas azules y verdes, que asiste a los juegos de su grito, o que toca los pétalos suaves y finos de una flor!. Goza con todos sus sentidos y la poesía del mundo penetra profundamente en su alma clara, límpida y risueña como arroyuelo saltando entre guijarros.

No es siempre necesario iniciar al niño en la vida de la quimera y de la fantasía; es espontáneo en él el sentido de lo maravilloso y sin haber oído hablar de duendes, de hadas, de elfos, brujas, gigantes y ogros, presiente a todos aquellos hijos del ensueño y lo atrae lo misterioso, lo poético y lo irreal. Hay chiquillos, en quienes es tan fuerte este don de sentir lo fantástico, esta intuición de la fábula, que sus cerebros alcanzan una verdadera potencia creadora. Estos chiquillos inventan pequeños cuentos, forjan narraciones e historietas, dan vida a personajes y a animales raros; yo sé de un niño de apenas dos años y medio, que sin haber oído jamás un cuento de hadas, ni sufrido una impresión de susto, había hecho de una figura de porcelana china la encarnación del mal, del misterio y del terror. La llamaba LAFO y la miraba con gran recelo; lo que más temor le inspiraba, en el muñeco, era su abanico, del que decía "que era malo, bien malo." Otro chiquillo—éste de tres años y también libre de toda impresión terrorífica—imaginó la existencia de un ser medio mujer y medio araña, cuyo nombre era LA PALOMA. LA PALOMA, en compañía de sus hijitos, cometía toda clase de fechorías nocturnas, se escondía en los cuartos oscuros, golpeaba las puertas y las ventanas; al relatar estas cosas la carita de

un poco la mirada se vé el caserío de la finca perdido en una rinconada a muchas leguas de distancia. Hacia esos lugares se vé parpadear una luz.

Alrededor de la fogata hay un maravilloso registro de gestos. Todos tienen torva mirada, labios gritadores en impenetrable mudez. Están reunidos para maldecir, y aunque alguno habla exponiendo planes, no se le toma en cuenta. Hay una sola verdad; y es que deben alzarse, invadir la finca y acabar con los malditos. ¿Cómo se hará ésto? Lo importante es que se haga. Uno se yergue sobre los demás. No es para mandar. Es para dejar que sus nervios tiemblen mejor. Circula una cita. ¡Iremos! Y luego no se oye más que el general llanto surgiendo de la pampa enorme enrojecida de coraje. No hay cosecha.....Pero los graneros están repletos en la Hacienda. ¡Adelante!

En medio de una planicie suficientemente extensa para causar la admiración de cualquier lechuza, hay un cerro de cono truncado sobre cuyo plano se alzan dos chullpas de prieta roqueda. Están semidestruídas, pero conservan aún la grandiosidad del pasado. Hablan con lenguas multicolores, si se les mira como a juguetes persistiendo en las arrugas de los siglos. Ellas, a pesar su conformatura semitrágica, son para el hombre divergente, adornos del Tiempo, como aretes y cachivaches de momias. Rectangulares, como toda obra inkásica, hacen pensar en una angustia superior a la risa, pero que llama a risa siempre, desde que la risa es canal por donde evacuan las cloacas interiores. En alto relieve hay tallados dos pumas: son el símbolo de la libertad concedida por la Naturaleza a los hijos que se alimentaron de su sangre!

(CONCLUIRA EN EL PROXIMO NUMERO)

EL PROCESO DEL GAMONALISMO

BOLETIN DE DEFENSA INDIGENA

AÑO I

LIMA, ENERO DE 1927

N.º I

El proceso del gamonalismo

A partir de este número, "Amauta" publicará mensualmente un boletín de protesta indígena, destinado a denunciar los crímenes y abusos del gamonalismo y de sus agentes.

Nuestro boletín se propone únicamente la acusación documentada de los desmanes contra los indios, con el doble propósito de iluminar la conciencia pública sobre la tragedia indígena y de aportar una nueva serie de testimonios al juicio, al proceso del gamonalismo.

Los indígenas que individual o colectivamente sufran un vejámen o una expoliación, pueden hacerla conocer por medio de este boletín, que facilitándoles un instrumento de denuncia pública, les permitirá conseguir, al menos, una sanción moral para sus expoliadores. Todas las denuncias deben venir garantizadas por las firmas de los interesados, legalizadas notarialmente en los casos en que esto sea posible. La publicación será gratuita.

No nos encargamos absolutamente de gestiones ante las oficinas públicas. Nuestro objeto es documentar concretamente el proceso contra los gamonales. Para esta labor contamos con el concurso entusiasta de nuestra estimada colaboradora Dora Mayer de Zulen y de los buenos supervivientes de la extinta Asociación Pró-Indígena.

La nueva cruzada Pró-Indígena

Acaba de nacer en el Cusco una asociación de trabajadores intelectuales y manuales—profesores, escritores, artistas, profesionales, obreros, campesinos—que se propone realizar una gran cruzada por el indio. Se llama Grupo Resurgimiento. Figuran en el elenco de sus fundadores los hombres representativos del indigenismo cusqueño: Luis E. Valcárcel, J. Uriel García, Luis F. Paredes, Casiano Rado, Roberto La Torre, etc. Y en las primeras sesiones del grupo han quedado incorporados otros fautores del renacimiento indígena: Francisco Choquehuanca Ayulo, Dora Mayer de Zulen, Manuel Quiroga, Julio C. Tello, Rebeca Carrión, Francisco Mostajo y nuestra gran pintor José Sabogal. Faltan aún varios más, entre otros César Vallejo, Antenor Orrego, Enrique López Albuja, Víctor R. Haya de la Torre, Julián Palacios, Gamaliel Churata, Alejandro Peralta, Jorge Basadre, J. Eulogio Garrido. Pero lo que ha quedado formado es sólo el núcleo inicial que, poco a poco, reforzará sus rangos con las demás personas que, en el actual período histórico, representan la causa del indio, en sus diversos aspectos. Yo me siento particularmente honrado por mi incorporación.

El Grupo Resurgimiento no aparece intempestivamente. Su constitución tiene su origen inmediato en la protesta provocada en el Cusco por recientes denuncias de desmanes y crueldades del gamonalismo. Pero ésta es únicamente la causa episódica, accidental. El proceso de gestación del Grupo viene de más lejos. Se confunde con el del movimiento espiritual e ideológico suscitado por los que, partiendo de afines principios o comunes sentimientos, piensan, como ya una vez he dicho, que "el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no repre-

sente el bienestar de la masa peruana, que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina".

Este movimiento anuncia y prepara una profunda transformación nacional. Quienes lo consideran una artificial corriente literaria, que se agotará en una declamación pasajera, no perciben lo hondo de sus raíces ni lo universal de su savia. La literatura y la ideología, el arte y el pensamiento nuevos, tienen en el Perú, dentro de la natural y conveniente variedad de temperamentos y personalidades, el mismo íntimo acento sentimental. Se cumple un complejo fenómeno espiritual, que expresan distinta pero coherentemente la pintura de Sabogal y la poesía de Vallejo, la interpretación histórica de Valcárcel y la especulación filosófica de Orrego, en todos los cuales se advierte un espíritu purgado de colonialismo intelectual y estético. Por los cuadros de Sabogal y Camilo Blas y los poemas de Vallejo y Peralta, circula la misma sangre. En los apóstrofes de Valcárcel, de Haya de la Torre y de Gamaliel Churata se encuentra idéntico sentimiento. Los identifica hasta cierta entonación mesiánica.

Y el fenómeno nacional no se diferencia ni se desconecta, en su espíritu, del fenómeno mundial. Por el contrario, de él recibe su fermento y su impulso. La levadura de las nuevas reivindicaciones indigenistas es la idea socialista, no como la hemos heredado instintivamente del extinto Inkario sino como la hemos aprendido de la civilización occidental, en cuya ciencia y en cuya técnica sólo romanticismos, utopistas pueden dejar de ver adquisiciones irrenunciables y magníficas del hombre moderno.

De la presencia de un espíritu renovador, palingsénico, que se nutre a la vez de sentimiento autóctono y de pensamiento universal, tenemos presentemente muchas señales. Más o menos simultáneamente, han aparecido las revistas "AMAUTA" y "La Sierra" en Lima, "La Puna" en Ayaviri, "Pacha" en Arequipa (todas no traen el mismo verbo, pero todas quieren expresar la misma verdad); nos ha dado Alejandro Peralta su libro "Ande" que lo señala como el poeta occidental, moderno, de los Andes "orientales" primitivos, hieráticos; y se ha fundado en el Cusco el Grupo Resurgimiento que motiva este comentario.

Hace tres semanas—justamente cuando se constituía este Grupo—escribía yo en "Mundial" que, terminado y liquidado el experimento de la Asociación Pro-Indígena, cuyo balance ha hecho con tanta lealtad su generosa animadora Dora Mayer de Zulen, las reivindicaciones de la raza habían entrado en una nueva fase y habían adquirido más amplio alcance, de modo que el antiguo método "pro-indígena", de fondo humanitario y filantrópico no era ya, absolutamente, válido.

Conforme a esta convicción, me parece evidente que el Grupo Resurgimiento, que llega a su debido tiempo, inicia una nueva experiencia, propia de la nueva situación histórica. Hasta en el hecho de que la voz reivindicatriz parta esta vez del Cusco creo ver un símbolo. La sede lógica de la Asociación Pro-Indígena era Lima. La sede natural del Grupo Resurgimiento es el Cusco.

Este grupo, con muy buen acuerdo, en su estatuto, que por lo demás hay que considerar sólo como un boceto o un esquema, incompleto todavía, no nos presenta un cuerpo de proposiciones definitivas sobre el problema indígena. Se limita a declarar su solidaridad espiritual y práctica con el indio. Y declara que "mientras se concrete y defina la ideología del nuevo indio, que debe operar su transformación espiritual, enunciando y resolviendo el problema del resurgimiento indígena", se ocupará en la realización de fines inmediatos de defensa, educación y confraternidad.—JOSE CARLOS MARIATEGUI

ESTATUTOS del Grupo "Resurgimiento"

1

CRUZADA POR EL INDIO

1—Ampará material y moralmente a los indígenas, a quienes considera como hermanos menores en desgracia.

2—Al promover un hondo sentimiento de fraternidad y de amistosa consideración con el indio, el grupo se inspira en principios de ABNEGACION, VERACIDAD, HONRADEZ Y SOLIDARIDAD.

3—Con abnegación se lanza en esta campaña que despertará la resistencia y el encono de los intereses creados. No importa el sacrificio en tan noble causa.

4—Es con absoluta veracidad que el Grupo hablará al indio y por él predicará a las conciencias inertes.

5—Con honradez y veracidad lo defenderá dentro y fuera del campo jurídico, para llevar al convencimiento público la pureza de intenciones del Grupo.

6—Entenderá como el fundamento esencial de la Nueva Era Nacionalista y Humana la estrecha solidaridad con el indio.

7—Hará, por tanto, extensivos a él todos los privilegios y garantías de la vida en el seno de una sociedad culta.

8—Mientras se concreta y defina la ideología del Nuevo Indio que debe operar su transformación espiritual, enunciando y resolviendo el problema del Resurgimiento Indígena, el Grupo tenderá por los medios más eficaces a la realización de los siguientes fines inmediatos:

a) Organizar activa y gratuita defensa del indio ante los Tribunales y la Administración Pública.

b) Extender al indio los beneficios de la Asistencia Social, sistemando su hospitalización y auxilios médicos.

c) Fundar en el Cuzco la Casa del Indio en la que reciba educación, alojamiento y comida.

d) Hacerle partícipe de las fiestas y espectáculos públicos, facilitando su acceso a los teatros y salas generales.

e) Defenderle de los diarios abusos y vejámenes que con él se cometen en la ciudad por los propios custodios del orden.

f) Implantar un régimen de igualdad en el trato entre mistis e indios.

g) Celebrar conferencias y conversaciones en quechua y castellano con indios y mestizos.

h) Ofrecer audiciones periódicas de música y cantos vernáculos, mezclando instrumentistas indios y mestizos.

i) Tender al renacimiento de las artes populares, organizando certámenes y competencias.

j) Incorporar al indio en las actividades deportivas.

k) Impulsar una gran cruzada contra el alcoholismo.

l) Sistematizar una campaña eficaz para desterrar los hábitos antihigiénicos.

m) Movilizar maestros misioneros que desanalfabeticen al mayor número de indios.

n) Publicar un periódico que sirva de órgano al Grupo, el cual tendrá dos ediciones distintas: una, que sirva de propaganda general para formar la conciencia nueva; otra, que se dedique a los indios ya alfabetizados y sea un monitor de la cultura que queremos crear.

ñ) Vincularse dentro y fuera del país con los grupos similares antiesclavistas e igualitarios, a fin de que los votos del Grupo adquieran resonancia continental y humana.

o) Declarar el día del Indio.

p) Patrocinar el establecimiento de un Internado Indígena para niños.

q) Favorecer la fundación de Escuelas Rurales.

r) Propugnar la creación de una Escuela Normal de Preceptores Indígenas.

Cusco, diciembre 15 de 1926.

CASIANO RADO.

Secretario General

El caso de Chuquiwanca Ayulo

El Dr. Francisco Chuquiwanca Ayulo, hombre de purísimos antecedentes y altísimos ideales, expone en este documento que nos creemos en el deber de reproducir, el último episodio de su experiencia de funcionario judicial. Por sus denuncias contra una empresa omnipotente en el Madre de Dios, Chuquiwanca Ayulo, defensor celoso de los indios, acabó por ser expulsado de esa región donde ejercía el cargo de agente Fiscal. Su heroica actuación debe ser conocida por el país.

Oficio N.º 11. — Lampa, 15 de agosto de 1926. — Sr. Presidente de la Corte Superior de Puno y Madre de Dios. — S. P. Acabo de recibir en este momento, 4 50 p. m. su telegrama de esta misma fecha, en que me dice: "Doctor Choquehuanca Ayulo. Lampa. Extrañado su procedimiento, informe en el día porqué ha abandonado puesto. — Campos". MI PROCEDIMIENTO: Contra la opinión unánime (excepción hecha de los vocales) de cuantos supieron algo de los atentados de que fui víctima en Maldonado: contra el ruego persistente de amigos de experiencia que temían por mi vida; y ocultando a mi familia la situación de peligro que corría: emprendí el largo y penoso viaje a la montaña a reencargarme de mi puesto a fines de octubre próximo pasado. Obedecía al requerimiento que me hacía el Tribunal en su oficio 1304, su fecha 9 de octubre de 1925; nó por que creyese en las seguridades que me daba de haber conseguido amplias garantías para el desempeño de mis funciones, sino porque allí se dejaba traslucir que era el temor y no la falta de garantía lo que retardaba mi viaje, y yo quise probarle, a riesgo de mi vida, que el miedo era ageno a mi espíritu.

No pienso que pudiera hacerme la ofensa de creer que me llevaba el amor al puesto o el interés por el sueldo. Yo pude permutar con el Agente Fiscal de entonces de este mi pueblo, pues que aún tuve la propuesta, y pude aceptar una ventajosa proposición que me hizo el prestigioso abogado de Arequipa, doctor Lucio Fuentes Aragón, de encargarme de la defensa de una de las partes de la testamentaría de don Manuel Collantes con el honorario mínimo de cinco mil soles. Y yo, proletario, tan solo por la dignidad del funcionario judicial, más como representante del Ministerio Fiscal, no acepté esas proposiciones; soñando tal vez que al fin podría conseguir un átomo de justicia. Llegado a Maldonado, después de un viaje de cerca de un mes y

RECLAMOS INDIGENAS

EN EL PROXIMO NUMERO EMPEZAREMOS A PUBLICAR LOS RECLAMOS Y DENUNCIAS DE INDIGENAS QUE HEMOS RECIBIDO YA

Taller de Joyería La Económica

De SAMUEL B. ZORRILLA

Calle Estudios No. 405 (Jirón Ucayali)

Se hacen y componen toda clase de alhajas al último estilo del arte de Joyería, en platino, oro y plata — Se engastan brillantes y toda clase de piedras preciosas. — Se compra brillantes, perlas, chafalonía de oro y plata, etc. — Precios Económicos.

reencargado de mi puesto, sabe el Tribunal, por mis frecuentes oficios de todos los correos de esta capital, cómo desde el primer momento se resistió a mi autoridad por el prefecto don Carlos León Velarde, y por el juez de primera instancia, doctor José A. Cáceres y por todos los demás funcionarios y empleados, hasta el extremo de rechazar mis oficios, y llegar ese juez a eliminarme de mis funciones de Agente Fiscal, no haciéndome citar en ninguna instrucción en más de cinco meses. Todo esto he puesto oportuna y detalladamente en conocimiento del Tribunal en todos los oficios que le he dirigido. En uno de mis últimos de Maldonado, en el 33, su fecha 11 de marzo del presente año, decía al Tribunal: "Cuando por mi oficio 67 de 4 de marzo de 1924 le comunicaba que el alter ego del Prefecto Velarde, al saber que la instrucción que se le seguía, a denuncia mía, por violación de seis valijas de correo en tránsito y sustracción y violación de correspondencia, había sido anulada o declarada sin lugar, me había amenazado personalmente con la deportación si continuaba con mis denuncias, me avisó usted señor Presidente, que había telegrafiado al Prefecto y al Ministro para que otorgaran garantías, y bien, este mismo Prefecto recibió su radiograma y otro del Ministro de Gobierno. Y fué entonces que se desencadenó sobre mí la injusticia, la calumnia, la celada, el ataque nocturno a mi domicilio, y finalmente, mi extrañamiento violento por empleados políticos, en pleno día y en presencia misma del juez doctor José A. Cáceres; realizóse así, sobre seguro, un VEINTINUEVE DE MAYO sin que hasta la fecha se aparezca ni un teniente ni un cabo que me restituya a mi efectiva autoridad".

Decíale esto señor Presidente, a propósito de decirme en su radio que había telegrafiado al Prefecto para que otorgara garantías, y concluía el predicho oficio con estos conceptos:..... "Bien comprendo que en las actuales circunstancias significativo yo, un principio sustancial del Derecho, un principio esencial de la organización misma del Poder judicial, y hasta un principio sine qua non de la moral administrativa, pero a condición que triunfe la justicia. Entonces está marcado mi camino, el de ese Tribunal y también el de la Suprema Corte de Justicia de la República, a la que suplicaría elevar este oficio o su copia certificada". Naturalmente estaba ya tomada mi resolución: no dejar mi puesto, no salir de Maldonado sino por la fuerza, por lo mismo que veía bien que ya se cernía mi nuevo extrañamiento. Y, en efecto, como ya no era posible que mi hijo Prada perdiera un año más, resolví que él solo saliera en la primera canoa de marzo y a este fin tuve que apelar a un préstamo de un amigo, pues en la Tesorería Fiscal no quisieron proporcionarme ni un centavo, ni aun poner el "conforme" a mis presupuestos de noviembre y diciembre, como lo comuniqué al Tribunal. Hecho público el viaje de mi hijo sólo; el día 13 de marzo, como a las 5 30 p. m. se presentó a mi domicilio, el Teniente de Resguardo y Capitán del puerto, don Juan C. Orosco, antiguo amigo mío que por imposición del prefecto había dejado de verme. Su objeto había sido el disuadirme como comisionado del prefecto y como amigo, para que emprendiese viaje en compañía de mi hijo. Sería interminable referir todas las razones, todos los argumentos, todos los medios que empleó para determinarme a salir con mi hijo; bastará decir que me habló de la falta que haría a mis hijos por el inminente peligro de mi vida, y de las ventajas de mi salida en compañía de mi hijo, y el pago que me haría el prefecto de mis haberes devengados. Mi respuesta fué que estaba resuelto a todo, y que no cedería a esa imposición hipócrita del prefecto Velarde, apesar de comprendía bien mi situación, "que yo nada podía en contra de Velarde, y que él en cambio podía hacer todo contra mí, que él nada podía temer de mí, y yo sí podía temerlo todo de él; que yo estaba solo, completamente solo, indefenso, y él tenía a todos, aparte de los gendarmes al mando de su hermano el capitán Ricardo L. Velarde, quién según el mismo se mostraba furioso en contra mía. Y partió mi hijo, y quedé solo, sólo en la vasta selva, a merced de esas fieras.....Y así pasan los días, y viene la noche del 15 de abril del presente año, y cunde en la

capital, que no es mas que un caserío, la noticia de que dos jefes bolivianos habían sido matados por don Emilio Salas, jefe de la guarnición peruana en Puerto Pardo, y que posiblemente la guarnición boliviana atacaría a la peruana. Ante la gravedad de los sucesos que podían dar lugar a una seria reclamación diplomática, pensé naturalmente que la tenaz resistencia a mi autoridad del prefecto Velarde y del juez doctor Cáceres cesaría inmediatamente, y que facilitando la ineludible intervención del Agente Fiscal se levantaría una instrucción criminal que haría honor al Poder Judicial del Perú, así es que por momentos esperaba mi situación. Pero, cuál no sería mi asombro cuando al medio día del 16 de abril, veo que por medio río del Madre de Dios bajaba con dirección a Puerto Pardo un motor, conduciendo al juez Dr. Cáceres, al actuario don Eduardo Reátegui, al médico titular Dr Velasquez, al prefecto Velarde, al subprefecto Sr. Dancuart y a otros muchos mas. Como a las 8 30 del 18 de abril regresó de Puerto Pardo a Maldonado el predicho motor con las personas relacionadas. Al día siguiente 19, fuí a la casa del actuario Reategui, y él me informó que había ido a Puerto Pardo a practicar la instrucción por los homicidios del jefe de la guarnición boliviana y del capitán de puerto victimados por Emilio Salas, y que para esta instrucción había nombrado el juez doctor Cáceres de promotor fiscal a don Juan Gamero.—Al día siguiente 20, cuando circulaba la noticia de que el subprefecto e intendente don Emilio Dancuart, iba a Lima, en comisión especial ante el Gobierno, llevando la instrucción o su copia por los graves sucesos de la frontera boliviana en Puerto Pardo, vino este señor a tocar a mi domicilio, y pasando a mi habitación, tras breve introducción, y después de contestarme que venía no como amigo sino como autoridad política, me dijo enfáticamente: "Vengo a notificarle de orden superior que precisamente tendrá que embarcarse pasado mañana conmigo, evitando pantomimas o sea de grado o por fuerza. Se sabe que Ud. está soliviantando al pueblo haciendo firmar actas en contra del Prefecto". Le repliqué: "Siendo Ud. el Intendente de Policía, yo quiero que en mi presencia se practiquen los esclarecimientos respectivos, y que me muestre si quiere un solo individuo a quien haya hecho firmar alguna acta." Finalmente le dije que no cedería sino a la fuerza y que podía mandar los soldados que quisiese para que me condujesen a la canoa. Nó, me dijo, yo vendré personalmente a llevarlo y será a las cinco de la mañana. En cuanto a sus presupuestos devengados, el prefecto quiere usar de generosidad, y dice que los pagará. Le repliqué secamente: yo no quiero generosidades de ese Prefecto; si él cree de su deber pagarme, que me pague; y si no que lo deje" El se ofreció a llevar mis presupuestos, y yo se los dí; y volvió trayéndome parte en dinero y parte en un libramiento para la Tesorería Fiscal de Arequipa, que según aviso ha sido pagado en junio último. En efecto a las cinco de la mañana del día 22 de abril del presente año 1926, el subprefecto Sr. Dancuart, llamaba ya a mi domicilio y no se movió de su frente hasta que pudo conducirme personalmente al motorcito piloteado por el alemán señor Alberto Knor y el japonés S. Kogo y otros tripulantes. A ese hora no había gente en el embarcadero, a excepción del sayón incondicional de Velarde, Alejandro Arredondo y el capitán Ricardo L. Velarde, jefe de los gendarmes. En voz alta hice constar que nuevamente se me expulsaba por orden de la primera autoridad política. El capitán Velarde, lleno de ira, le increpó al subprefecto señor Dancuart: "Oye Ud. lo que dice?" y entonces le repliqué. "¿Es Ud. quien me increpa?" I murmurando una interjección, calló ese mal subalterno. Dejado en Astillero, por el Subprefecto señor Dancuart, no tenía más que seguir el camino, y por falta de bestias, tuve que hacer dos penosísimas jornadas con los pies hinchados por una senda que ya no podía llevar el nombre de camino. Al fin, llegado al Tirapata, el diez de mayo último, hice al Tribunal en esa misma fecha, el siguiente telegrama: Presidente Corte Puno. Tenaz resistencia a mi autoridad por prefecto Velarde, y juez doctor Cáceres, sabida ya Tribunal, ha culminado en nuevo extrañamiento. Ese juez eliminándome cargo, lo que no ha po-

dido Congreso ni Suprema: prescindido Agente Fiscal en más de cinco meses, hasta en instrucción homicidios de bolivianos en Puerto Pardo teniendo conciencia seria mi actuación verídica, justiciera.—Chuquihuanca Ayulo, Agente Fiscal Madre de Dios." Constituido en esa a mediados de junio último, informé a Ud. señor Presidente, personal y verbalmente de la indescriptible situación que me creara el prefecto Velarde, y de su desprecio a la autoridad del Agente Fiscal; de la absoluta resistencia a mi autoridad de parte de ese Prefecto; y lo que es más grave aún, de parte del mismo juez de 1a. Instancia, doctor Cáceres; también le informé detalladamente de la manera cómo por segunda vez, había sido extrañado de Maldonado, por orden del Prefecto ejecutada por el Subprefecto. Finalmente, hace apenas hace un mes que, con motivo de remitir un resumen de mi foja de servicio en el ramo judicial, decía al Tribunal en mi oficio N°. 10 de 14 de Julio ppdo.: "En 25 de Noviembre de 1922, fuí nombrado Agente Fiscal del Departamento del Madre de Dios, sin más que una carta que escribí, sin conocerlo, al señor Ministro de Justicia de entonces, doctor Julio Ego Aguirre, en uno de cuyos acápite le decía: "Ud. sabe señor Ministro, que en ninguna parte de nuestro territorio es más necesario dejar sentir, la verdadera, la más trascendental soberanía por la acción de la justicia, que allá en nuestras distantes comarcas de la selva límites con otros estados donde se rifa hasta el honor nacional". Después de un año del ejercicio de mis funciones de Ministerio Fiscal, en Maldonado, con una austeridad rayana en heroísmo, allá en el corazón de la montaña donde la omnipotencia del Prefecto es mucho mayor que la de Presidente de la República, fuí infame y violentamente extrañado en presencia misma del Juez de 1a. Instancia doctor José Antonio Cáceres, el 8 de mayo de 1924, por empleados del Prefecto Carlos León Velarde, a las diez de la mañana, y quienes, esa noche atacaron mi casa domicilio, ataque en el que habría sido asesinado al encontrarme allí. Tras muchos meses de gestionar alguna garantía para el ejercicio de mis funciones en Maldonado, volví allí a los requerimientos del Tribunal. Mas después de cinco meses de tenaz resistencia a mi autoridad de parte de ese Prefecto, que rechazó mis oficios y llegó hasta no recoger siquiera del correo el que le dirigí certificado y con aviso de recepción; y de parte del mismo juez que rechazó mis oficios, que originales envié al Tribunal, y que en más de cinco meses no me hizo citar en instrucción alguna, llegando a eliminarme hasta en la que se siguió por homicidio de dos jefes bolivianos en Puerto Pardo, por el civil Emilio Salas, jefe de la guarnición peruana, instrucción en la que estando yo presente nombró un promotor fiscal; repito después de más de cinco meses de ese proceder delictuoso, nuevamente fuí extrañado de Maldonado, por orden de ese Prefecto y mediante el Subprefecto señor Emilio Dancuart, que me condujo hasta Astillero. Escarnio y ultraje tan inauditos al mismo poder judicial en la persona del representante del derecho de la ley, de la sociedad, han tenido por causa única y exclusiva, en cuanto a mi se refiere, el hecho de haber acusado a ese Prefecto de duración presidencial, del delito de violación de seis valijas de correo tránsito y sustracción de correspondencia; y al de haberle comprendido en el enjuiciamiento por secuestro y expatriación de diez humildes ciudadanos; y estar preparando otras denuncias; y al hecho de haber denunciado a ese Juez por el delito de detención indebida por ocho días en la cárcel pública, de esos diez individuos que ni siquiera se encontraban en la condición de acusados. Expulsado del lugar de mi residencia como funcionario judicial, despojado de hecho del cargo de Agente Fiscal, tal es mi situación actual; con más heridas morales, muy hondas y tal vez incurables en mis campañas por la justicia como soldado del Derecho, que años de servicios en el ramo judicial, tal es mi foja de servicios. ¿Es ese el procedimiento mío que extraña el señor Presidente? I cuando dice que "informe en el día porqué he abandonado mi puesto" ¿quiere decir ese respetable Tribunal que esas comunicaciones oficiales del Agente Fiscal que suscribe nada valen

FABRICA de SOMBREROS

"La Moderna"

La Pelota 672

LUIS BLEJER

Tiene el agrado de poner a disposición de su distinguida clientela y del público en general, la nueva existencia de sombreros de toda clase de modelos completamente nuevos para el país, escogidos personalmente en Europa y que se venden a precios sin competencia.

Ademas a todas las sombrererías ofrezco toda clase de materiales de confección: adornos, cintas, alfileres, etc.

Lima, Enero de 1927

ni nada significan? ¿Quiere decir que yo soy un mentiroso cínico consuetudinario indigno de crédito; y un loco torpe y depravado que después de hacer verdaderos sacrificios, especialmente de dinero y de salud, calumnio al señor Prefecto de haber ordenado mi expulsión, y me vengo al poco tiempo haciendo otros tantos sacrificios? Nó, señor Presidente, si entre los conocidos de esa capital hay en el concepto de ese público una personalidad moral incapaz de mentir: esa personalidad, debo decirlo, sacrificando innata modestia en aras de la justicia y de la verdad vilmente escarnecidas, es la cabeza de turco que escribe estas líneas. I qué, en el mismo dictámen del ex-fiscal Dr. Valdelomar, que hizo suyo el Tribunal, y lo mandó transcribir al señor Ministro de Justicia ¿no hay estos conceptos?....."El doctor Chuquihuanca, que si bien es cierto que es un magistrado competente, laborioso y honrado a toda prueba, en cambio no tiene la serenidad necesaria para ponerse al margen de arrebatos provenientes del oficio mismo..... El doctor Chuquihuanca, es un espíritu inquieto, muy sano, demasiado puro, pero ha dado pruebas ya no sólo en esta ocasión sino en otras oportunidades de ser INADAPTABLE a nuestra organización social en el medio jurídico".

Para concluir, señor Presidente, permítaseme repetir lo que tantas veces he dicho al Tribunal: "En mi misión de Acusador Público, puesto que creo deber a la Nación, no concibo que deba ser yo el ejecutor de mis mismos victimarios contra mi misma persona, que a eso equivaldría mi renuncia. Para mi conciencia de hombre y de funcionario judicial más honroso me sería una condena de separación del puesto, que mi renuncia".

Muy respetuosamente.

CHUQUIWANQA AYULO.

(De "El Siglo" de Puno)